Topografía, agricultura y establecimientos humanos en el barrio de Aránzazu (Oñate)

Por Fr. JOSE I. LASA

El barrio de Aránzazu, perteneciente a la jurisdicción de Oñate, limita con Alava, Urbía y los barrios de Araoz y Uríbarri, que son también de Oñate. Es una superficie de mucha extensión, de topografía variada, de barrancos y simas vertiginosas y estrechos valles, cubiertos en su mayor parte de árboles, de praderas artificiales y heredades de labrantío. Hasta ahora había pocos pinares. En estos últimos años se han plantado varios centenares de miles. El sistema de poblamiento es de casas dispersas y la repoblación de establecimientos humanos se ha verificado en la parte de menos altitud sobre el nivel del mar.

Primitivamente todo el extenso territorio se designaba con los nombres de la Dehesa de Aloña y montes de Artia. Cada nombre o cada una de estas partes incluía centenares de subdivisiones con sus respectivos nombres propios. Ciertas parcelas de tierra eran denominadas por *seles* o "kortas", que todavía el vecindario sigue llamándolas así. Quizá algunos de estos seles eran de propiedad particular o por lo menos usufructuaban algunos particulares. Largos y costosos pleitos se sostuvieron entre la Villa y aquéllos sobre ciertos actos jurídicos que ejercían los propietarios o usufructuarios. En la mayoría de seles o kortas se levantaban cabañas de pastores y luego se han edificado los actuales caseríos. Estos seles por su posición geográfica y otros factores eran los mejores terrenos. Todavía se conserva en algunos seles el mojón o piedra cenizal del centro de la circunferencia que, según las Ordenanzas dispuestas por la Villa de Oñate el año 1759, debían tener 60 pertegas de a nueve pies desde el mojón del centro hasta la circunferencia.

La situación de la agricultura de los tiempos pasados

La evolución de la agricultura en el Barrio de Aránzazu fué muy lenta. Además de su emplazamiento entre 600 y 750 metros sobre el nivel del mar, la libertad absoluta de pasturación e intereses madre-

ros obstaculizaron su desarrollo pujante y vigoroso. Las tierras, en su mayor parte, eran comunales. Y el Concejo de Oñate, atado con el pesado lastre de una legislación favorable a los intereses pastoriles y madereros, mal podría obrar revolucionariamente y a espaldas de lo legislado. Su misión era la de ser guardián e intérprete de la ley. Oñate no era, en este proceso, un caso único y aislado. Aunque Villa de "por sí", sus usos, leyes y costumbres venían a ser una copia servil de la provincia de Guipúzcoa. Al labrador que con el sudor de su frente transforma terrenos incultos y baldíos, en tierras de labrantío, le aplaudiríamos hoy con ambas manos como un mérito de la sociedad. Entonces, no. Preferían un robledal o hayedo a un campo de doradas mieses.

Recordamos haber leído un caso elocuente, de lo que pesaban el carbón y los pastos, en el Archivo Provincial de Tolosa, Negociado 20, número 54.

Don José Zabalo, natural y vecino de Villarreal de Urrechua, había cerrado y roturado un terreno en el Alto de Descarga. Se opuso el pueblo de Villarreal. Don José elevó una instancia razonada a la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa, exponiendo en la misma: Que la tierra cerrada y roturada por él, era anteriormente un terreno completamente estéril y solitario y, gracias a su labor tesonera e ímproba, alimentaba su familia" con frutos rociados con el sudor de su frente." Este argumento, al parecer tan convincente, no era o no creía el más eficaz para inclinar en su favor la balanza de las autoridades de la Provincia. Era otro: el amparo y defensa que representaba el caserío contra los bandidos que tanto merodeaban en lugares solitarios; y en prueba de esta verdad, recordaba los resultados favorables obtenidos por la creación de los caseríos en el Alto de Arlabán (Salinas de Léniz). Los intérpretes de la Ley no ofrecen una respuesta clara y decisiva. Reconocen el bien que representa la alimentación de la familia con los frutos arrancados de la tierra, antes inculta, pero sin desconocer los grandes beneficios, provenientes del carbón y de los pastos. Su decisión es: aceptar un hecho consumado, autorizando al señor Zabalo su continuación en dicho caserío y prohibir que en adelante se acuda con asuntos de esta índole.

A través de esta contestación, se vislumbra en los legisladores cierto temor reverencial a superar un estado de alma tradicional e impuesto por una legislación secular. El hecho narrado sucedió el año 1825. Si en fecha tan tardía, cuando los intereses agrícolas se cotizaban tan favorablemente, no se atrevieron a dar una respuesta más clara, ¿qué hubiesen contestado un siglo antes?

Para comprobar el alcance de las Leyes de Guipúzcoa, dispuestas el año 1669, bastarían, como botón de muestra, las consideraciones que estampa, por ejemplo, Tit. 38, ap. 5, pág. 137:

“En todos tiempos y en todas las provincias se ha reconocido por cosa necesaria e importantísima el plantío y conservación de árboles, por haber en ella fábrica de navíos y labranza de herrerías, cuya cosecha es el fruto de más consideración de esta tierra y cuyo ministerio pide innumerables cantidades de leña para carbón... y hay mucha quiebra de árboles y falta de montes, y se reconoce que este daño ha procedido de que se han hecho y se hacen rozaduras (roturaciones) y se siembra en tierras donde hay árboles y donde los pueda haber. Y si hallaren estar hechas algunas rozaduras donde hubo árboles y donde había muestra que habían de nacer, en este caso, hagan, que los que han hecho las dichas rozaduras, vuelvan a plantar todo el sitio rozado, de árboles, de castaños o robles...”

La cita es larga, pero significativa. En Oñate, don Asensio Urtázar, en su “Descripción narrativa de la Villa” (manuscrito escrito el año 1648 y que se conserva en el Archivo del Santuario) dice que en este pueblo había más de 60 fraguas grandes y para alimentarlas, no hay duda, hacía falta mucho combustible. Y los intereses pastoriles no eran de menos cuantía. Estaban sancionadas las leyes que proclamaban la libertad de pastos sin limitaciones de sol a sol. Y dentro de esta situación de subordinación de la agricultura a los intereses madereros y pastoriles en general, en lo que se refiere al barrio de Aránzazu su estado era peor. Las Ordenanzas compuestas el año 1759 autorizaban al Concejo para dar licencias de rozar, menos en los términos de Aloña y Artía. En lo que se refería a Artía añadía: “por cuanto el Monte y Dehesa del término de Artía, que es el ramo principal que tiene esta Villa para gastos precisos.”

Las licencias que concedía el Ayuntamiento ofrecían pocas ventajas. A los tres años, según las Ordenanzas de Oñate, las tierras labradas volvían a ser propiedad de la Villa; el usufructuario perdía todos los derechos sobre los terrenos comunales.

La Agricultura al margen de la Ley

Don Asensio Urtázar, que antes hemos citado, afirma “el que es inclinado al trabajo de la labranza, con licencia que sin interés alcanza en el Ayuntamiento, o lo más común, con su tolerancia puede señalar y cerrar parte de los exidos públicos y de sus concejiles y sin pagar renta coger el fruto”. Estas palabras del que fué alcalde de Oñate reflejan bastante la realidad. El 28 de noviembre de 1797, don José de Ayastuy, el Síndico del Ayuntamiento de Oñate, denuncia una porción de usurpaciones de los caseros de Aránzazu, unas por agregaciones y otras por rompimientos de setos. Cita “nominatim” y no queda ningún casero que no haya metido sus manos en la masa de las tierras

de la Villa. No se convierten los terrenos incultos en heredades y prados artificiales en una noche. Y si de hecho se llevaron a efecto estas transformaciones y usurpaciones, no fué sino a ciencia y paciencia y tolerancia de los encargados de vigilar. Las continuas quejas de los oficiales del Ayuntamiento contras las rozaduras en los terrenos comunales confirman esta verdad. No hay frases más repetidas en las Actas que éstas: "Que se han originado gravísimos daños de la demasiada libertad con que algunos vecinos han pasado de su propia autoridad a rozar varios sitios en tierras destinadas así para dehesas y montes propios de la Villa, como para el pasto común del ganado". Pero no todos los hombres tenemos igual medida de la tolerancia, ni siquiera los Alcaldes de Oñate, aunque tuviesen el mismo Código. Y sucedía a veces que olvidaban la tolerancia y aplicaban la justicia. El día 13 de marzo de 1691 dice el Acta del Ayuntamiento: "Que ninguno haga rozaduras sin licencia de la Villa y que los montañeros reconozcan todas las que se hacen, que en el término que se llama Aloña, no se permita rozadura ninguna y si algunas hay se derriben los setos y se deje todo para el pasto común del ganado, que las cabañas que hubiese en Artía y en Aloña se derriben todas, no hagan otras bajo pena de 20 ducados."

El día 13 de septiembre del año 1590 se declara en el Acta correspondiente "que hay un pleito en nombre del Concejo contra los que han rozado y cerrado en los términos de la Villa los seles de Albizuri y pretenden rozar, sembrar y cerrar y cortar árboles". Ordena que se prosiga la causa. Estos seles eran también del barrio de Aránzazu.

A veces tampoco había unanimidad de criterio en el seno del Concejo. El año 1579 dieron licencia de rozar a Gregorio de Yarza todos los regidores menos Sáez de Tobalina "que no consentía", antes contradijo la dicha licencia". En otras ocasiones eran los mayoresales de todos los barrios contra los dueños de los seles de Artía y Aloña, porque impiden el aprovechamiento de aguas, hierbas y frutos silvestres contra la costumbre antigua, contra las leyes del Reino y las leyes municipales (8 de septiembre de 1797).

No obstante todas estas protestas y rigores de tarde en tarde, la tolerancia predominaba contra la dureza de la ley.

La Agricultura de acuerdo con la ley, en tierras comunales

Las Leyes, a medida que el tiempo sigue avanzando, van perdiendo su dureza e inflexibilidad. La Agricultura, que había desempeñado un papel secundario, va ganando terreno. A fines del siglo XVIII y principio del XIX, los artesanos de varios barrios del casco urbano de

Oñate, piden al Ayuntamiento licencia para roturar algunas tierras, principalmente en el barrio de Aránzazu. El día 28 de enero de 1800 los barrios de Lecumberri y Lesasarri pidieron los terrenos de Aizkirri, que están entre las caserías de Albichuri y Arricruz. En este mismo año los de Basauri, junto a las caserías de Guesalza. Y no consignamos otras peticiones similares en los años posteriores. Y si semejantes peticiones no siempre fueron escuchadas por el Ayuntamiento, no fué por culpa de éste. El día 2 de abril de 1803 los vecinos del barrio de Lecumberri pidieron el permiso de roturar el terreno de Bildósola, que está entre Aránzazu y Araoz. Accedió el Concejo a la petición, comisionando a Arregui para el señalamiento del sitio. En virtud de la autorización los vecinos de Lecumberri se presentaron en número de unos sesenta. Los vecinos del barrio de Araoz, al ver tanta gente, quisieron saber la causa de aquella reunión y les explicaron el asunto, que no era otro que señalar el sitio de roturar. Se opusieron resueltamente los de Araoz, alegando que aquel lugar era el señalado para echar uno de los toros padres que su barrio tenía a su cargo; que era el centro de paseo de su ganado vacuno... Y les recordaron que anteriormente también se habían presentado con la misma comisión tres veces y se les había disuadido. En vista de esta protesta, el Ayuntamiento retiró su permiso.

¿Qué siembras realizaban los artesanos? Principalmente de centeno y trigo. Una anciana de esta localidad nos había indicado el hecho de haber oído a sus antepasados cómo los lugares señalados por las Actas del Ayuntamiento estaban labrados y cosechaban trigo y centeno. También se hizo uso de una Ordenanza hecha en Azcoitia e inserta en el Fuero, capítulo V, tit. 35, según la cual, por cada fanega de trigo que se recoja en los terrenos comunales, se planten seis árboles castaños o robles en el término concejil que pareciere. Las licencias obtenidas debían quedar consignadas en un libro especial, expresando el terreno y la extensión del mismo. El libro existe en Oñate. Lleva este título: "Libro Nuevo de Montañería y Plantaciones, Leg. 6". Hay unas cuantas licencias, muy pocas. Se ve que la gente prefería la "tolerancia", a las tramitaciones oficiales.

Interesado grandemente el Concejo por las plantaciones arbóreas, autorizó a rozar en más de una ocasión a cambio de fomentar viveros de plantas, como lo hizo en la mayoría de los caseríos de Aránzazu.

Las ventas de terrenos comunales

Queda apuntado cómo las tierras de Aránzazu, casi en su totalidad, eran concejiles, lo mismo que en el resto de los barrios de Oñate. Que da indicada también la posibilidad de que algunos seles fuesen de pro-

piedad particular, pero con un dominio muy condicionado, ya que en muchas ocasiones las chozas levantadas dentro de sus límites fueron derribadas. El año 1675 el Síndico del Ayuntamiento, Martín Zubía, en sus alegatos contra los presuntos propietarios del caserío de Guesalza, escribía que no había un palmo de tierra dos leguas y media a la redonda (15 kms.) que no fuese comunal. Que la Villa no tenía facultad ni jamás había consentido en la cesión de la propiedad, sino que había cedido el gozo y el aprovechamiento de las caserías de Guesalza por algún tiempo. No sabemos hasta dónde sea verdad esta afirmación de este "comunista" del siglo XVII, que en el fondo no decía otra cosa que "la propiedad es un robo". El hecho es que los presuntos propietarios realizaban todos los actos jurídicos que exige el dominio directo.

A mediados del siglo pasado el Ayuntamiento cedió algunos terrenos en este barrio en enfiteusis, con la obligación de pagar un canon enfiteúutico. Los oficiales del Ayuntamiento afirmaban que tal forma de cesión es muy beneficiosa, ya que los usufructuarios se animaban a labrar y fomentar castaños. Como consecuencia de estas cesiones, existen bastantes terrenos comunales en los que el terreno es del Ayuntamiento o de particulares comprados al Ayuntamiento, y los castaños son de otro.

Luego tendremos ocasión de hablar de la enajenación de las ventas de Guesalza y Aránzazu por el Ayuntamiento. Este, sea por escrúpulos legales o por conservar apariencias, supo mantener casi íntegramente el patrimonio de las tierras comunales hasta la guerra de la Independencia. Entonces, por cubrir las gravísimas exigencias pecuniarias, no le quedó otra vía que a la mayoría de los pueblos de Guipúzcoa: desprenderse de su patrimonio tradicional.

El día 6 de septiembre de 1808 se recibió en el Ayuntamiento una comunicación del Comisario francés de Guerra, residente en Mondragón, con unas exorbitantes exigencias de dinero en atención a las actuales circunstancias, para que buscase el dinero de cualquier manera, a interés, a préstamo y facultando también para vender cualquier finca perteneciente a ella para el mismo objeto, siempre que no encontrase otro arbitrio con que pudiese satisfacer a dichas exacciones.

Se repitieron otras peticiones con similares exigencias. El día 5 de mayo se leyó un memorial, señalando la lista de las fincas que se podían vender, y se acordó en el Acta el expedir edictos a fin de proceder a su remate. Por lo que tocaba a los terrenos comunales en los que existían castaños de particulares, se acordó tratar aparte con éstos. (Ya hemos indicado una peculiaridad de aquí en lo que respecta a los castaños plantados en tierras comunales). Las ventas de los terrenos no fueron escrituradas, fuera del barrio de Uríbarri que legi-

timó el día 24 de diciembre del año 1811, por haberse ausentado el escribano. Pero el Ayuntamiento en pleno y solemnemente el día 11 de enero de 1836 manifestó su determinación de repartir los terrenos comunales, llamados *auzobasos* por barrios a beneficio de la agricultura, para que todos los agricultores tuviesen su porción mayor o menor, de acuerdo con las cuotas con que hubiesen contribuido el día 9 de agosto de 1811, ya que las aportaciones monetarias para la guerra de la Independencia habíanse efectuado con la promesa de reintegrar con terrenos.

Otras muchas propiedades, no afectadas por ninguna obligación o servidumbre, por los años 1836 y siguientes también fueron enajenadas por el Ayuntamiento para cubrir las contingencias de las Guerras Carlistas. De esta condición fueron la mayoría de las tierras del barrio de Aránzazu. No hay la menor duda que estas ventas fueron provechosísimas para la agricultura. A consecuencia de esto, triplicó en el espacio de 20 años el número de caseríos en este barrio.

¿Qué ambiente encontraron estas enajenaciones?

En el Archivo Municipal de Oñate, en el Negociado de la Montañería y sin numeración de legajo, existen tres instancias redactadas por varios vecinos y a nombre de los vecindarios de Olavarrieta y Murguía, solicitando la inmediata derogación de todo lo hecho en este sentido durante la dominación del "Gobierno intruso". Sus alegatos se fundamentan en que las citadas ventas se han hecho con olvido absoluto de las formalidades legales y por ser contrarias al desarrollo de la agricultura. Anotan varias irregularidades. Han sido tasadas a un precio "escandalosamente bajo" (he visto algunas Escrituras y la impresión que se saca es idéntica, pero pudieron tener otras razones que yo desconozco), el no haber consultado al mayoral del barrio de Urrejola y, sobre todo, por ser los motivos alegados para las ventas —elevadas contribuciones impuestas por el "Gobierno intruso"— un pretexto para usurpar los terrenos concejiles. Una de las instancias formula durísimas acusaciones contra el Alcalde reinante a quien se le culpa de emplear de medios ilícitos: amenazas, extorsiones, elecciones fraudulentas y usurpación de un terreno de tres cuartos de legua de extensión, acotando para sí, "sin remate, sin tasación, sin intervención del Ayuntamiento, ni otra formalidad alguna por el miserable precio de 200 ducados".

Y son perjudiciales las ventas para la labranza porque los labradores carecen de hoja, de helechos, de pastos para el ganado, "indispensables en este País para fomentar la agricultura y aun de leña para las

cocinas", por haber sido cerrados los terrenos concejiles. Por todo lo cual suplican y piden "que todos los cerrados de paredes, setos hechos en los terrenos comunes vendidos, arrancando todos los mojones plantados en todo el territorio común y concejil, durante la dominación francesa, dejen en la misma forma que se hallaba antes de entrar en España el enemigo". Las instancias son del año 1814 y meses de abril y mayo.

¿Qué pensar de estas protestas? No tenemos elementos suficientes para formar un juicio definitivo, pero podemos adelantar la observación de que la situación del barrio de Aránzazu con sus escasos caseríos y todos renteros, no era la misma que de los barrios de Olavarrieta y Murguía con un vecindario tan denso, casi como en el día de hoy.

Los nombres de los caseríos

Todos los caseríos son conocidos por el nombre toponímico del lugar en que han sido edificados, siendo anteriores los nombres a las casas. El caserío que se edificó en el Sel de Arrola, se llamó Arrola: en el Sel de Albizuri, Albizuri... Los nuevos nombres nunca han podido borrar o sustituir a los antiguos. El caserío levantado por don José Fernández, fué bautizado por su fundador con el nombre de "Mendi-echeverría", pero los vecinos siguen llamando "Cuturruluz", el nombre del Sel. Algunos temporalmente recibieron el nombre derivado del oficio. El caserío Zapiarbe en sus inicios se llamó "Unain", del oficio —"unaiña"— pastor vacuno asalariado que ejerció el primer inquilino Francisco Antonio Albizu, pero esta nomenclatura fué desapareciendo poco a poco y hoy todo el vecindario le llama "Zapiarbe".

Los primeros establecimientos humanos

Nos es completamente imposible precisar las fechas de los primeros pobladores del barrio de Aránzazu. Actualmente las casas más antiguas son las que en un tiempo fueron ventas: Ventas de San Juan, Guesalza y Arriacruz. Había una calzada, a través del barrio de Aránzazu, llamada de Calahorra. Por aquí circulaba todo el movimiento comercial de Oñate y de otros muchos pueblos guipuzcoanos para Alava y Castilla. Las antiguas calzadas iban marcadas, a modo de piedras miliarias, por ermitas dedicadas a santos de las devociones más populares. Muchas estaban consagradas a San Juan, por los sanjuanistas, orden militar que tenía por comisión guiar a los transeúntes y peregrinos y defenderlos de los malhechores. Contigua a la ermita solía existir un mesón o venta para alojar a los peregrinos y pasajeros. A la vera de la calzada de Calahorra también existían tres Ventas: San Juan de

Artía, San Martín de Guesaltza y Arriacruz. La antigüedad de las mismas es manifiesta. Hay un arrendamiento de la Venta de San Juan en el año 1504; ocho años más tarde se reedificaba la iglesia y la Venta. El año 1444 reside en Arriacruz, Antonio Arriacruz y el año 1479 Juan de Vergara, ventero de Arriacruz, contribuyó con sus menores con cinco maravedís para la reedificación del pueblo de Oñate (en este mismo documento aparece Rodrigo de Balzátegui, el afortunado pastor a quien se le apareció la Virgen de Aránzazu, aportando dos maravedís), y el ermitaño de Guesaltza es propietario de dos cerdos el año 1512.

Después de ofrecer una idea general de la antigüedad y motivos históricos de las Ventas de Aránzazu, vamos a decir algo en particular de cada casa, y de todas las casas del barrio, el año de la fundación y alguna que otra nota que nos pareciere tener algún interés histórico o folklórico o anecdótico. Queremos evitar sea un catálogo seco y árido de nombres. También quisiéramos huir de otro extremo: el de alargarnos demasiado. Poseemos de algunas casas, por ejemplo de Guesaltza, una documentación suficiente para escribir una amplia monografía. El aspecto que nos interesa es el de la agricultura.

San Juan de Artía

En los documentos municipales de Oñate se hace constar que San Juan era un paraje montuoso, poblado de salteadores y malhechores. Situado entre las fronteras de Alava y Guipúzcoa, era también un lugar muy frecuentado por contrabandistas o "paqueteros". Los ancianos de la localidad cuentan anécdotas relativas a este respecto. Todos los años los oficiales del Ayuntamiento con el Capellán acudían el día de San Juan y celebraban un banquete de regular estatura. El año 1620, por ejemplo, comieron seis platos de carne con lechuga.

La finalidad principal de los Venteros, especialmente de San Juan, era alojar a los viandantes, peregrinos y numerosos arrieros con sus cabalgaduras, espantar a los salteadores, y no precisamente cultivar sus tierras. Su posición topográfica y la dureza del clima tampoco le prestaban mucho a la labranza, pero esto no se oponía a que desde un principio tuviesen algunos huertos y que las lechugas que comieron los ediles de Oñate el año 1620, el día de San Juan, fuesen de su huerto. El año 1675 consta que había bastante terreno roturado. Un anciano de esta localidad, de memoria feliz y aficionado a cosas de antaño, dice que las primeras patatas de la jurisdicción de Oñate se sembraron en San Juan. Los soldados franceses de la Guerra de la Independencia habían dejado entre los despojos de la comida algunas patatas, las que a su tiempo brotaron. Los vecinos del lugar juzgaron una venganza de los franceses la aparición de aquellas malas plantas.

pero les serenó un pobre que pasó por allí, indicándoles el aprovechamiento de las mismas. No hay duda que la patata era poco conocida.

El 18 de junio de 1857 la cosecha obtenida en la Villa de Oñate fué de 8.533 fanegas de trigo, 9.265 de maíz y 114 quintales de patata! Menos que lo que cosecha un casero en la actualidad en un año normal.

En este año de 1956 quedará deshabitada esta casería, lugar de reunión del Concejo de Oñate, casa donde pasó San Ignacio, según la tradición, una noche, cuando herido en Pamplona, era llevado en una camilla; casa escogida por los arrieros guipuzcoanos y alaveses para descanso

Arriacruz (Cruz de Piedra)

Es también un lugar cargado de historia en las Crónicas del Santuario de Aránzazu. Era una de las tres Ventas que el Ayuntamiento de Oñate visitaba anualmente. Aquí se reunían los peregrinos que venían del Valle Real de Léniz y de Oñate. Era propiedad del Ayuntamiento. Luego, del Monasterio de Vidaurreta de Oñate y de la familia Arriacruz con algunos censos del Convento de Santa Ana. Las pertenencias de la familia Arriacruz y los censos del Convento de Santa Ana fueron vendidos a la Universidad de Oñate. Las posibilidades y géneros de cultivo y su valía se pueden medir por las rentas que pagaban. El año 1693 se constituyó una segunda casería y se otorgó el arrendamiento por nueve años. La renta de la casería vieja era: 15 ducados al año, los diezmos y frutos de los dichos pertenecidos, dos capones, un real por cada cabeza de ganado menor y el ganado mayor a medias. La situación económica de los caseros no era muy holgada. Todos los animales y aperos recibían prestados de sus propietarios y éstos a su vez cargaban la mano con trigo, diezmos y capones. Hubo hasta cuatro caserías. Con arreglo a las leyes de desamortización, el año 1868, los inquilinos compraron las casas y las inscribieron a su nombre. Hoy viven tres familias.

Las caserías de Guesalza

Junto a un gigantesco boquerón y paralelamente a la carretera de Aránzazu y a tres kilómetros del mismo está enclavado el triple caserío de Guesalza. Bien conocido en la historia de Aránzazu. En los primitivos documentos de la Villa se le llama San Martín de Guesalza, por la existencia en sus cercanías de una ermita dedicada al Santo de Tours. Hemos anotado su antigüedad. Era terreno común, pero el señor Felipe Sáez de Elorduy el año 1582 adelantó a la Villa 4.560 ducados y sus sucesores Manuel Orbea e Inés Elorduy remataron la hipoteca con las propiedades de las Ventas de Guesalza y Aránzazu.

En la Cláusula del Cap. VI de la Escritura de Concordia otorgada entre la Villa de Oñate y los hijos menores de Manuel Orbea en 28 de abril de 1641, se establecía que no se podía edificar desde Arricruz hasta Enarachara, pasada la Casa de Síndica, excepto Hospedería del Convento, pero, si quisieran ensanchar extendiendo el edificio de las casas, se pudiesen hacer con tal que fuese pegante al mismo tejado, sin hacer casa aparte de por sí. Estas cláusulas impuestas por el Concejo para evitar roturaciones de terrenos, motivaron largos y costosísimos pleitos durante cerca de un siglo a los litigantes, que eran la Villa de Oñate y los presuntos propietarios. Los gastos superaron por mucho al valor de las propiedades. Se edificaron nuevas casas, pegantes al tejado de la primitiva. Los propietarios creían estar en su derecho con esta interpretación. Los defensores de la Villa argüían que esto era absurdo, pues se deduciría, a ser verdad esta interpretación, que se podían levantar casas y calles enteras, con tal de estar bajo un mismo techo, ocupando de esta manera tierras concejiles, sin haber pagado más que por las Ventas.

Y no eran pleitos solamente de la multiplicación de nuevos inquilinos. Según las apreciaciones de los oficiales de la Villa, los propietarios o sus inquilinos habían trasladado setos y vallados, agregando y alargando a cada una de las heredades que habían sido de las Ventas, grandes pedazos de terrenos concejiles.

Por lo que se ve, cansados de tantos pleitos, los propietarios vendieron el año 1692 a las Monjas de Santa Ana de Oñate. Con tal ocasión se valoraron los haberes del caserío. Había una yunta de bueyes, 10 vacas con sus crías, nueve becerros, cuatro novillos, dos vacas vacías 80 ovejas, 30 cabras, dos yeguas, 18 colmenas, 13 carros de hierbas. El día 17 de julio de 1719 arrendaron las monjas a José de Zumalde para cuatro años. Los descendientes de este Zumalde siguen todavía en el día de hoy y con el mismo apellido, al frente del caserío. Es la familia más antigua en este barrio.

La renta que había de pagar el señor Zumalde consistía en 18 fanegas de trigo, dos arrobas de quesos, la mitad de la miel, cuatro carneros, cuatro cargas de carbón, 16 cargas de abono para la huerta de Santa Ana y cinco ducados de vellón. Era una renta fuerte, pero hay que tener en cuenta que todos los haberes, animales y aperos eran prestados.

El día 20 de noviembre de 1775 el Alcalde de Oñate denunció a monjas de Santa Ana la existencia de una nueva casa con su inquilino, recordándoles al mismo tiempo la cláusula de no poner un segundo inquilino. La Abadesa en representación de la Comunidad, declara no tener noticia de semejantes leyes. Hacía mucho tiempo que se había hecho silencio en torno a aquellos enojosos pleitos. Como su-

cede con otras tantas leyes, al cabo de cierto tiempo parece que pierden su vigencia. Confiesa la Superiora que en Guesalza, de tiempo atrás, residía el segundo inquilino, a causa de no poder avenirse entre sí las familias. Aclara que a su juicio las causas que motivaron la limitación anterior de falta de pastos y roturaciones, al presente no existían, ya que se permitía hacer cabañas, estercolar tierras comunes, etcétera. Confirma su parecer con la práctica de otros caseríos inmediatos que así obran, pagando un reconocimiento, como lo hace Guesalza. El Concejo juzga oportunas y convincentes las razones de la Abadesa y aprueba el hecho consumado del segundo caserío. (Un siglo más tarde, el Ayuntamiento sostuvo en el Juzgado de Vergara, un litigio para defender su deseo de levantar una taberna contra el Ventero de Aránzazu que alegaba la prohibición de edificar nuevas casas.)

El año 1575 se hizo la partición de las dos caserías. El arrendatario de la segunda casa fué Julián Igartua. También los descendientes de esta familia siguen en el mismo caserío, aunque no con el mismo apellido.

El día 21 de mayo de 1575, en presencia de varios testigos, se llevó a efecto la partición y división de las heredades y de la casería, y luego se echaron en suerte. Se contaron los árboles: 292 fresnos, 232 castaños, 947 robles, 90 hayas, 20 nogales, 65 manzanos, 16 cerezos.

En la contrata del arrendamiento se obligaron los inquilinos a cocer una calera todos los años para abonar las heredades, fomentar un vivero, mitad de roble y mitad de castaños y plantar cada uno tres géneros de árboles: cinco castaños, cinco nogales y cinco manzanos.

En virtud de las leyes de desamortización, el año 1869 fueron vendidas en público remate las caserías de Guesalza y compradas por Pablo Ignacio Anduaga y Juan Asisclo Zumalde, inquilinos de las mismas. Pocos años más tarde entró la familia Arregui por la división de la casería de Anduaga. En la actualidad viven estas tres familias: Zumalde, Anduaga y Arregui.

Venta de Aránzazu

Se conoce con el mismo nombre que fué designado por sus fundadores: Venta de Aránzazu. Sus orígenes son posteriores a la Aparición de la Virgen, y por tanto a las Ventas de San Juan, Arricruz y Guesalza. Su historia es paralela casi a la de Guesalza. La misma finalidad: dar hospedaje a los devotos peregrinos que llegaban a Aránzazu. Este papel cumplía con más perfección que Guesalza. Aquél era más caserío y menos fonda. Su proximidad al Santuario lo exigía. Era un edificio extenso y de un solo piso. La longitud total de la casa y de sus cuadras pasaban de 300 metros. Podían acomodarse más de 60 ca-

ballos. Tenía 12 aposentos grandes y pequeños y podían comer unas 100 personas. En esta Venta se hospedaban el Alcalde de Oñate y sus oficiales cuando venían a poner orden en los días de grandes concursos. Era propiedad de la familia Elorriaga. El año 1809, pocos meses antes de la llegada de las tropas de Napoleón, fué quemada y se reedificó el año 1816. Cultivaba bastantes tierras: unas propias y otras de la Villa. Pagaba al Concejo con quesos y corderos por las tierras comunales.

Numerosos peregrinos llegaban a caballo, retirando sus cabalgaduras en dichas cuadras. Acudían al Convento en busca de herraduras y tenían establecido el pago de un real por cada herradura. Otro tanto practicaban con otros productos, como carne, vino, trigo, cebada, pero no admitían el pago fuera de la carne, sino que les obligaban a su devolución en la misma especie (*ordeak*). A estilo de lo que se guardaba en nuestros caseríos.

Actualmente sigue siendo fonda y caserío. Principalmente se fomenta la ganadería, como parece que lo hacían antes, pues en el inventario escriturado del año 1769 consta que tenían 150 ovejas y 50 cabras.

Albusuri o Albichuri

En los documentos primitivos se designa por "Albusuri". Los vecinos lo nombran por "Albichuri". Nuestro amigo y docto filólogo don Juan Gorostiaga me decía que significa "álamo blanco", lo mismo que "populus alba" en latín. ¿No significará "heno blanco" "Albitzuri"? El actual propietario Juan Miguel Elorza me contaba que ese lugar suele estar cubierto de heno blanco, pero quizá esta observación sea una sugerencia del citado nombre.

Ya hemos apuntado que el Concejo de Oñate el año 1579 puso un pleito contra los que habían rozado, sembrado, cerrado y cortado árboles, acordando en el Concejo que se prosiguiese la causa. El año 1594 se puso a la venta y se cita dentro del Sel una "korta" y una fuente.

Es uno de los seles más citados en el Monte Artía. Por aquí atravesaba un camino paralelo a la Calzada de Calahorra y casi tan frecuentado como aquélla.

En el año 1656 el Concejo de Oñate, en atención a la escasez y a las graves dificultades que ofrece el cuidado de los carneros y suministro urgente de la carne, autorizó varias cabañas en el Monte Artía, siendo la de Albichuri una de las más importantes. Construída con el maderamen del Concejo, medía 48 pies de largo y 15 de ancho. Era de Miguel de Ascárraga. La autorización incluía algunos gravámenes.

a) Las dichas cabañas no podían tener perros, excepto mastines y éstos solamente para defensa de fieras y no para ahuyentar el ganado de los vecinos, y, además, con la obligación de tener sus pastores guardianes, con el objeto de que todos los vecinos pudiesen acudir con su ganado libremente a dichos pastos.

b) Tenían la obligación de entregar 30 carneros cada año, de 24 libras de carne limpia, a un precio más bajo que el que se remataba el carnero del año. La fecha de la entrega de los carneros será desde el mes de noviembre hasta el primero de mayo, "que es lo riguroso del invierno y en que falta la carne".

c) Cuidarían en el Monte Artía de los toros destinados a correr en las fiestas de San Roque y Corpus Christi.

d) No se harían rozaduras desde Guesalza hasta la Cruz de Sapiarbe. Parece a primera vista que esta cláusula no guarda conexión con el resto del documento, pero bien examinado el documento y sabiendo las preocupaciones que absorbían a los ediles, se adivina el motivo de la inserción de la referida cláusula. Temen los legisladores que los pastores, al afincarse más establemente a las cabañas, aprovechen sus ocios para roturar los terrenos circunvecinos.

El año 1763, el propietario del Sel de Albichuri, José Villar, del caserío de Barrenecoa, de Uribarri, pretendió crear un nuevo caserío, roturando tierras propias. El Concejo de la Villa quiso impedirlo, como en más de una ocasión había realizado anteriormente en casos similares. Así lo hizo con Lucas de Balzategui el año 1655 en el vecino Sel de Acuegui. El Concejo evacuó una consulta. No he visto el informe. El resultado fué favorable, pero en esta determinación influyó poderosamente el solemne compromiso contraído el mismo año por el señor Villar con el Ayuntamiento, de criar en su casería un vivero de árboles. Estas promesas pesaban mucho.

El día 4 de febrero del año 1804 se quemó y el mismo que levantó la primera vez, José de Villar, pidió al Concejo el material necesario para la reedificación. Años más tarde se fabricó una segunda vivienda, adosada a la primera. Y el año 1848 a unos 100 metros se levantó el caserío Albichuri-Echeberria, donde han residido hasta hace pocos años.

El año 1892, Braulio Arregui, del caserío Arrola, edificó Albichuri-Zabal. El hijo del fundador, Domingo Arregui, reside actualmente con su familia en esta casería.

Arrola

En el Inventario de los documentos del Ayuntamiento de Oñate, compuesto por el escribano don Manuel de Urmeneta se dice sin se-

ñar fecha alguna: "Sentencia que dió el Alcalde ordinario contra Ladrón de Balda condenado a que vuelva al Concejo de la Villa el Sel de Arrola que tenía usurpado". (No en balde y sin fundamento firmaba "Ladrón").

El año 1767 don José Joaquín Hurtado de Mendoza, vecino de Azcoitia, vendió a José Gomendio y su mujer Josefa Castillaveitia, cinco seles; Cuturruluzza (en este sel se ha levantado el último caserío de Aránzazu), Erroitegui, Iradabarza, Erguiña y Arrola, pertenecientes, según declara el vendedor, al mayorazgo de Jausoro, vinculado con los Ladrones de Balda. La entrada de los azcoitianos en la jurisdicción de Oñate, se puede conjeturar, teniendo presente que el Ladrón de Guebara, Conde de Oñate, estaba emparentado con Ladrón de Balda, ascendiente de la familia de San Ignacio de Loyola. La sentencia que dictó la Justicia de Oñate contra Ladrón de Balda, a mi modo de ver, no tuvo eficacia alguna, ya que siglos más tarde aparecían sus descendientes como propietarios del Sel de Arrola. Con el importe de la venta, se redimió un censo de 1.800 ducados que debía el mayorazgo de Jausoro a la iglesia parroquial de Santa María de Azcoitia.

El día 7 de septiembre de 1769 se hizo la demarcación del sitio de la casería judicialmente con asistencia de los oficiales del Ayuntamiento. Los primeros inquilinos del caserío de Arrola fueron Miguel Antonio y Martín Arregui, naturales de la jurisdicción de Oñate y vecinos del barrio de Uribarri y del caserío del mismo apellido, Arregui. No he podido averiguar si los dos hermanos vivieron desde el principio formando dos familias. El año 1763, 30 de abril, se consignó en un Acta una protesta contra Martín por haber agrandado grandemente su cabaña de Artía. Cuatro años más tarde los dos hermanos arrendaron el sitio de Itegui (a muy poca distancia de Arrola) para fabricar una cabaña, pagando 11 ducados al Ayuntamiento de Oñate por los pastos, como consta en los Protocolos, Leg. 3347, de la Universidad de Oñate.

Los descendientes de los primeros inquilinos de Arrola contribuyeron generosamente al aumento de cinco caseríos nuevos en el barrio de Aránzazu: Aizpilleta Goicoa ta Aizpilleta Becoa, Albichuri Zabal, la nueva casería de Guesalza y Zapiarbe. Aportaron a dos de ellos sus esfuerzos de roturar las tierras y levantar las casas desde sus cimientos, y a los otros tres, todo esto, más la sangre de Arregui. No es de extrañar que en un barrio tan reducido haya tantos Arregui. Son caseríos de mucho empuje por su agricultura y ganadería.

Fonda Milicua

A los dos años después de la fundación de Arrola —1781—, los frailes de Aránzazu edificaron la Hospedería —hoy Fonda Milicua— para

ayudar a los peregrinos que llegaban a Aránzazu. Se llamó por los frailes "Hospedería Nueva", en contraposición a otras antiguas. Durante la exclaustación era conocida por "Casa Sannoner", más tarde "Fonda Mochón" y ahora "Fonda Milicua". Los propietarios de esta fonda se dedican principal y casi exclusivamente a ocupaciones de hostelería, aunque tienen también algún huerto y pequeños terrenos de labrantío.

El florecimiento y auge de la agricultura

En el espacio de 71 años no surgió un solo caserío nuevo. Los montes de Aránzazu continuaban suministrando al pueblo de Oñate productos madereros y pastos para el ganado vacuno y lanar. La venta de terrenos empieza el año 1836.

El año 1840 Manuel Arrázola solicita autorización para levantar un caserío en el sitio de Soroaundieta. Por orden de Rodil, seis años antes, el convento, iglesia y las Hospederías de Aránzazu habían sido pasto de las llamas. No quedaban en el Santuario vestigios de vida. A la petición de Arrázola, el Concejo de Oñate responde que puede aprovechar algunos materiales del extinguido Convento de Aránzazu. ¡Qué lejos estaba de pensar lo que Aránzazu sería dentro de un siglo!

Manuel Arrázola era el propietario de Soroaundieta. El primero que principió a roturar las tierras era un solterón cojo, venido del caserío Albichuri. Trajo un sobrino de Uribarri (caserío Eiko), de nombre Celedonio Urcelay. Se peleó con él y entonces dividieron la casa en dos viviendas. Trajo luego un hermano del anterior que se casó y tuvo familia. Los descendientes de aquél continúan ahora al frente de la casería y lo mismo que en la otra por la rama femenina.

Begioltza (albergue de vacas)

En este Sel de Begioltza había una cabaña desde el siglo XVII. Quisieron cerrar los franciscanos de Aránzazu para el ganado vacuno del convento, pero el Concejo el 25 de mayo de 1697 denegó tal permiso, alegando que era un terreno abierto y necesario para el pasto del ganado vacuno del común.

El día 11 de octubre de 1802 presentó un memorial Cristóbal de Garaicoechea con la solicitud de que se le concediesen 50 palos o *tantaias* de Artía, para reparar la cabaña de invierno que tenía en Begioltza. El hijo de aquél, Manuel de Garaicoechea, el año 1846 pide autorización para levantar una casa y se le concede. La nieta de Manuel, por su casamiento con Lizarralde, forma la segunda vivienda, adosada a la primera. Tanto Garaicoechea como Lizarralde eran de Uribarri. La

mayoría de los vecinos proceden de este barrio. Otra observación: antes de solicitar la autorización para levantar casa, ya muchos tenían sus chozas y pequeños terrenos de labrantío.

Zapiarbe

Existía una cueva que servía de albergue para el ganado. El Ayuntamiento la arrendaba. El año 1760, según los Protocolos de Oñate, José de Arricruz arrendó y entre las cláusulas impuestas por la Villa fué una la de que no tuviese "perros malhechores", so pena de que serían de su cuenta y cargo los perjuicios que causasen en el ganado del común de la Villa.

Más tarde, el año 1830 Santos Arámburu solicitó 12 cabrios para el abrigo del pastor de ovejas. Este pastor era asalariado por el Ayuntamiento. El dinero que tributaban ordinariamente las chozas estaba destinado para el pago del "unaiña" o pastor asalariado.

José de Arregui, inquilino de Arrola, el año 1847 pidió al Ayuntamiento autorización para levantar una casa en el sitio de Zapiarbe. El 13 de enero de 1849 solicitó autorización para cerrar un terreno contiguo a Zapiarbe y que adquirió sin permiso de cerrar fundándose para ello en la Real Orden de 1834. La vecindad se opuso. El Ayuntamiento opinó que no perjudicaba a nadie y accedió a lo solicitado por José Arregui. El primer inquilino fué Francisco Antonio Albizu, "unaiña" durante muchos años, por lo que algún tiempo fué conocido el caserío por "Unaiña". Siguen sus descendientes con el caserío.

Aizpilleta (peña redonda)

Queda a unos 400 metros de distancia de Arrola. Es doble caserío. Las dos familias de Arrola fabricaron las dos casas y roturaron las heredades. José de Arregui, al contraer matrimonio su hijo Juan Bautista, le dotó y le dió como herencia Aizpilleta bakoa. Juan Cruz Arregui, inquilino de la otra vivienda de Arrola vendió a Pedro Igartua el caserío levantado por él. Continúan viviendo en los Aizpilletas familias Arregui e Igartua.

Kortakogain (encima del sel o korta)

Junto a la carretera de Aránzazu y cerca de Guesalza está este caserío. Pablo Ignacio de Anduaga, de Guesalza, levantó esta casa. Le puso el nombre de Guesalza-garaikoa, pero no cuajó en la vecindad. Hay un sel de la propiedad del Duque de Sotomayor, debajo de la casa, y por esta razón el pueblo conocía el lugar por "Kortakogain" y sigue llamándolo así. Fué levantado el año 1849.

Arenduy

Se creó el doble caserío en el Sel de Arenduy el año 1847. Pedro José de Zurutuza fué el fundador. Su hermana se casó a la otra vivienda, el año 1861 y se formó el segundo caserío.

Síndica

Era casa del Síndico del Convento. En las demarcaciones que hizo el Ayuntamiento de Oñate el año 1556 de la Dehesa de Aloña, se cita muchas veces como punto de referencia la Casa Síndica. Servía para alojar a los peregrinos. Había criadas a tal objeto. En virtud de las leyes de desamortización el Convento perdió su propiedad y lo compró Esteban Madinabeitia. Hoy es conocido por "Fonda Síndica".

Gomistegui

Casa de Gómez, para algunos, y para otros lugar donde se fabricaba el carbón "gomizio", en contraposición del carbón "errekaitz".

El fundador de este caserío fué Domingo Idiazábal, conocido por "marraguero". No he podido averiguar la fecha fija. El 19 de septiembre de 1868 se leyó en el Concejo de Oñate un memorial pidiendo 10 hayas para construir una borda. Según me han contado, los principios de Gomistegui fueron muy humildes. Tal vez la borda se refiera a la casa que iba a construir. En las ventas realizadas el año 1836 se autorizaba la construcción de una cabaña dentro del Sel. Desde hace varios años es propiedad del Convento. Fué comprado al nieto de Domingo Idiazábal. Hoy está dedicado a la ganadería principalmente.

Aizkirri

El día 4 de julio de 1869 se leyó en el Ayuntamiento de Oñate un memorial de don Marcos de Mendía, en el que pedía 12 postes, 10 corbas, 16 sopandas, 34 cuarterones, para construir dos o tres caseríos en el término de Aizkirri, bien con el fin de dar impulso a la agricultura, bien con el de dar ocupación a la clase jornalera. El Ayuntamiento acordó pasar a la comisión del ramo de la montañería para su demarcación. En este mismo año empezaron la construcción de dos caserías, separadas por unos 150 metros. Parte de esas tierras, como ya dijimos antes, fueron labradas por los artesanos de Oñate a principios del siglo pasado. Dos hermanos, Ladislao y Teodoro Odriozola, siguen al frente de los caseríos.

Errota (Molino)

Es conocido por el molino de Acuegui. Su funcionamiento es de tiempo inmemorial. Quizá anterior a la aparición de la Virgen. Es muy probable que empleasen este molino para las moliendas los carboneros y pastores. El Ayuntamiento cedió a los frailes de Aránzazu el usufructo. El Guardián solicitaba anualmente la gracia de moler los granos del Convento. Luego el Ayuntamiento entregó su llave y todos los años en la fiesta de la Virgen, 15 de agosto, hacía la ceremonia de tocar el Alcalde dichas llaves. Parece que esta ceremonia indicaba la propiedad del terreno, pues el molino, casa y todo lo que había era del Convento. Este invertía en reparaciones muchas pesetas. El Ministerio de la Hacienda, lo mismo que la huerta devolvió al Convento de Aránzazu. Por lo regular el Convento encargaba el cuidado del molino a los criados o a algún Hermano lego. Por los años 1870 don José Manuel Ugarte y Guerrico compró un terrenito a Juan Zumalde, de Guesalza, y lo roturó. Entonces se transformó el molino, en "molino-caserío". El hijo del fundador y sus familiares han ampliado mucho el caserío. El primero que cultivó el trigo en Aránzazu, según los documentos que yo he visto fué Lope de Uribarri el año 1526 y lo hizo en el Sel de Acuegui, cerca de Errota.

Piñaculo-Zelaizabal

Consta que algunas chozas en Aránzazu se edificaron aprovechando el muro de la roca. Así se hizo con la cueva de Zapiarbe. Y en esta forma se construyó el caserío Piñaculo, que está al pie de una roca. Primeramente lo habitó Pedro Igartua, abandonándolo el año 1860, y trasladando su hogar al caserío Aizpilleta.

Y vino a habitar la familia Elorza, del vecino barrio de Araoz, la que tuvo la desgracia de ver su casa reducirse a cenizas por un incendio. Me contaba la buenísima María Tellería, haber oído a sus antepasados que lo único que trajeron fueron un tamboril y un burro. Hace cincuenta y seis años, con muy buen acuerdo, el difunto Simón Elorza trasladó el caserío al lugar que hoy ocupa, junto a la carretera. Es un hermoso edificio la fonda Zelaizabal. Sus moradores se dedican, además de la hostelería, a la agricultura y ganadería.

Mendi-echeverría (Kuturruluza)

El fundador don José Fernández bautizóle con "Mendi-echeverría" y el vecindario lo conoce por "Kuturruluza". El último caserío levantado —año 1912— en Aránzazu. Don José era asturiano y capataz de minas.

De una energía indomable. Se casó con una hija del caserío Arrola. Con el sudor de su frente, roturó tierras bastante ingratas y consiguió levantar una hermosa casa con extensas heredades en su derredor. La construcción de un caserío es en el día de hoy una empresa más ardua que crear pueblos nuevos en América en el siglo XVI.

* * *

Después de ofrecer alguna idea de la fundación de los caseríos de Aránzazu y su aportación a la agricultura, muy lógico será también anotar la contribución del Convento, enclavado dentro de su jurisdicción, ya que no fueron ajenos a esta actividad los frailes de Aránzazu. Estilo conventual era el tener contiguo a la casa algún huerto para hortalizas. En Aránzazu lo hubo desde tiempo inmemorial. Consta en los documentos más antiguos existentes en el Archivo, cómo el Hermano Procurador salía a la Rioja, a Logroño, la mayoría de las veces a realizar las compras de ajos y cebollas, de azafrán y otras especies aromáticas, aprovechando la oportunidad al regreso para traer la semilla de porrino, cebollino, berza y berro. Consta también en los libros de cuentas las construcciones de paredes de la huerta.

En el manuscrito "Economía práctica de Aránzazu", escrito el año 1750, se anotan las épocas de las diversas labores agrícolas: en el mes de enero se siembra la avena, arbejuela, y se abonan prados y huertas; en febrero, la "tierra que estuviese libre en la huerta y cercados de la Casa Sindical y ha de servir después para hortaliza y al pasto de bueyes de trabajo, debe volverse (hablando en frase del país) laryarse en este tiempo para que con esta diligencia sea más y mejor su producción (un ingeniero agrónomo indicaba en una publicación el poco rendimiento de nuestros prados por falta de labrar la tierra de vez en cuando, y el "economista" de Aránzazu lo tenía presente); en el mes de marzo, el corte de leña y plantación de robles y hayas; en el mes de abril, exonerar y limpiar los robles de ramas superfluas, para las cocinas; en mayo, el tiempo de siembra del mijo, cuya paja servía para alimentar los bueyes en el invierno y el esquila de los carneros, si el tiempo es suave; en junio, corte general de la leña y siega de helechos tiernos para los carneros, cuando se espera poca hierba (se salaba para comer); en julio, recogida de la hierba; en agosto, reparo de setos en los prados y huertas; en agosto, en este mes se cortan las ramas o abarras, para enlazar las estacas y puertas, en paraje fresco se conservan de buen temple hasta el invierno, en que como todo el año se precisa su aplicación a mantener los setos bien cerrados y fortificados, pues de lo contrario es bastante el daño que las cabras y otros ganados hacen en los prados y en la huerta sindical;

en septiembre, provisión de hoja de fresno y roble, de helechos y de leña y extinguir los topos en el prado; en octubre, se recogen y conducen a los corrales los helechos y hoja seca de hayas para el lecho de ganados; en noviembre, arreglo de caminos y para diciembre no anota nada.

Como epílogo, vamos a transcribir palabras escritas por el P. Gamarra —año 1648—, autor de la primera narración histórica manuscrita de la Virgen, que se conserva en el Archivo del Santuario.

“Y para que todo sea singular y raro en este Santuario, tiene la huerta sobre toda la casa, donde apenas hay una senda para poder pasear, porque está pendiente a la falda de Aloña y aunque las paredes que cercan la huerta tienen bastante extensión, no se ha de inferir que todo su ámbito y capacidad se cultive, ni haya fruto, sino tan solamente una pequeña parte de ella, y tan pequeña en consideración a la hortaliza que se gasta, que parece milagro continuado, porque además de 100 personas que, de ordinario se sustentan en este santo Convento, entre religiosos y criados de la casa, se provee de hortaliza a los peregrinos, que vienen a visitar esta santa imagen, siendo tanto su número, como se ha dicho. cosa que ha causado admiración a muchos que con cuidado han visto la poca tierra, que se cultiva en la huerta, y está entre peñas y riscos. Y que salga tanta inmensidad de hortaliza como la que se gasta en esta santa Casa, que no debe admirar menos que otros tantos milagros que en ella hay.”

El lector puede hacer libremente los comentarios más oportunos del tono pío e ingenuo de las palabras transcritas de nuestro historiador. No hay duda que está pendiente y que de la extensión de las paredes no se puede deducir la amplitud de la tierra cultivable.